

El fabuloso viaje de “La Argentina”

Amanecía el 27 de junio de 1817; la brisa fría de fines de otoño hacía de eco a las voces de mando que flotaban sobre el río.

Se hincharon suavemente las velas y la fragata surcó, despaciosa, las aguas marrones.

Sobre el puente de manto, atento a la maniobra, se destacaba la silueta de un hombre alto y atlético, de rostro bronceado no sólo por vientos de infinidad de mares sino también por el signo de su tierra natal, allá a orillas del Mediterráneo.

Este hombre se llamaba Hipólito Bouchard, y era un marino francés que había decidido dedicar su vida a la causa de la emancipación americana.

La fragata ostentaba orgullosa su nombre: La Argentina. Partía a llevar a la guerra a los buques españoles dondequiera los encontrase. En su tripulación descubrían nombres que después integrarían el cuadro de honor de la historia naval argentina: el aspirante don Tomás Espora, el teniente Nathan Somers, el primer teniente William Shipsi, los oficiales Daniel Oliver, Pedro Cornet, Van Burguem, Greyssac, Borgues, Douglas y Millar. Dos cuñados de Bouchard eran pilotines: Agustín y Cayetano Merlo.

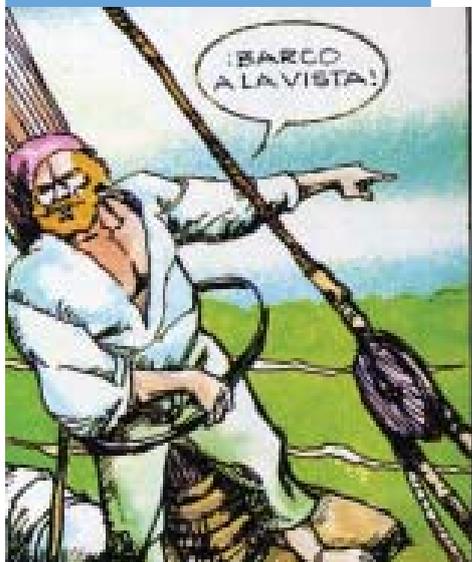
Bouchard tenía entonces 33 años, y una personalidad romántica y aventurera. Sus dotes de guerrero las había demostrado ya en varios episodios, y a ello debía la responsabilidad que se le confiara al entregarle La Argentina.

Cuarenta días después de su partida, ya navegaba la fragata por el mar de la India. Al llegar a Madagascar, Bouchard tuvo oportunidad de mostrar al mundo la esencia de los ideales de libertad de la cusa argentina.

En el puerto de Tamatava cuatro barcos ingleses y franceses se dedicaban al más infame de los comercios: cargaban esclavos para su venta en mercados americanos. Un comisario inglés, sin probabilidades de impedirlo, contemplaba impotente desde hacía varios días la carga de aquellos desdichados en las bodegas de los barcos negros.

En ese momento aparecía La Argentina. El comisario se hizo trasladar ante Bouchard y le informó sobre lo que ocurría. Bouchard, de inmediato intimidó a los capitanes de los barcos de esclavos a que cesaran en sus actividades, invocando como argumento lo decidido por la Asamblea del año XIII, que eliminaba la esclavitud, y para mayor convicción apuntando con todas las baterías de la fragata.

Cuarenta días después de su partida, ya navegaba la fragata por el mar de la India. Al llegar a Madagascar, Bouchard tuvo oportunidad de mostrar al mundo la esencia de los ideales de libertad de la cusa argentina.



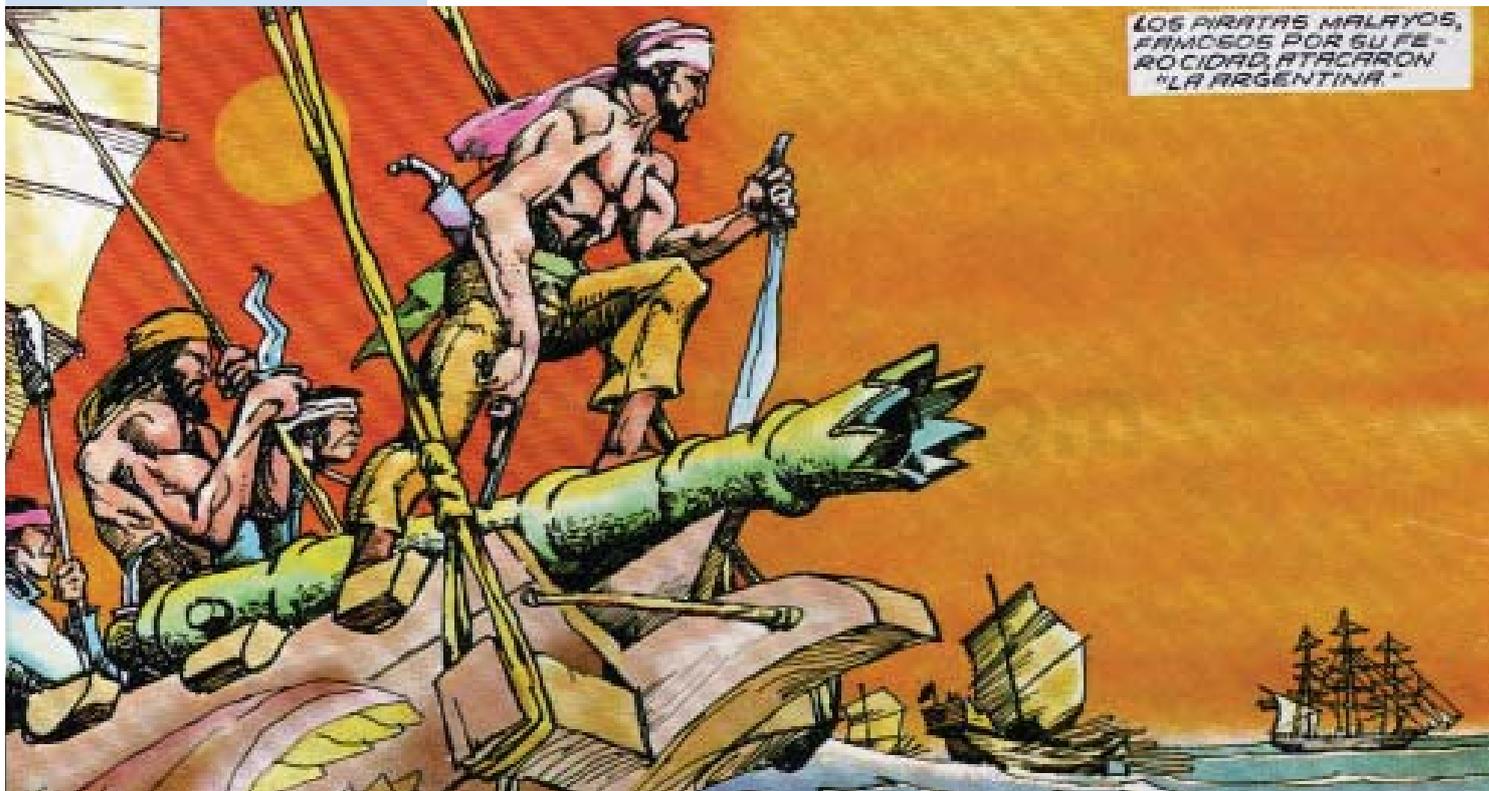
Por diez días continuó su vigilancia hasta que la llegada de un barco de guerra inglés lo reveló de su humanitaria actitud.

Surgieron luego del crucero, hostilizando barcos españoles y ejerciendo las actividades de persecución. Sufrieron el calor, las enfermedades tropicales, las bataholas de la lucha.

En diciembre se encontraban en medio del estrecho de Macassar, atrapados en el mar por una desesperante calma. Las velas caían inertes y el barco apenas se mecía.

En ese momento el vigía dio la voz de alerta:

“A la hora y media de fuego y de golpe de armas –contaría luego Bouchard en su diario- el capitán de la proa, viendo frustradas sus órdenes se dio dos puñaladas y se arrojó al agua. Lo mismo hicieron otros cinco y el resto de la tripulación se defendió muy poco tiempo después...”



Las otras proas huyeron y Bouchard sometió a consejo de guerra a los prisioneros, condenándolos a la muerte como castigo por haber asesinado a la tripulación de un mercante portugués, poco tiempo atrás.



Las otras proas huyeron y Bouchard sometió a consejo de guerra a los prisioneros, condenándolos a la muerte como castigo por haber asesinado a la tripulación de un mercante portugués, poco tiempo atrás.

Los meses siguientes transcurrieron llenos de aventura; Bouchard tomó varias presas, asaltó posiciones españolas, y el nombre de La Argentina se expandió por el Pacífico. No había capitán español que no temiera encontrarse con el barco corsario.

En las islas Sándwich el comandante y la tripulación fueron protagonistas de un notable incidente, esta vez no guerrero sino diplomático. Bouchard trabó relación con Kameha-Meha, rey de las islas, famoso por su habilidad y don de mando.

De las conversaciones surgió el reconocimiento, por parte de Kameha-Meha, de las Provincias Unidas como país independiente. De este modo, el reino de Sándwich fue el primer estado que reconoció nuestra nación.

La última etapa del viaje fue la campaña que Bouchard realizó sobre la costa americana del Pacífico. Allí tuvo lugar uno de los hechos más famosos de La Argentina.

Bouchard había arribado con un propósito: tomar el fuerte, dando así un duro golpe a los realistas. Existían en la zona ricas minas y era probable que en la fortaleza se guardaran tesoros pertenecientes al rey.



La expedición se había engrosado con la fragata de Chacabuco, de la cual Bouchard se posesionó en las islas Sándwich; esta fragata era anteriormente la "Santa Rosa", española.

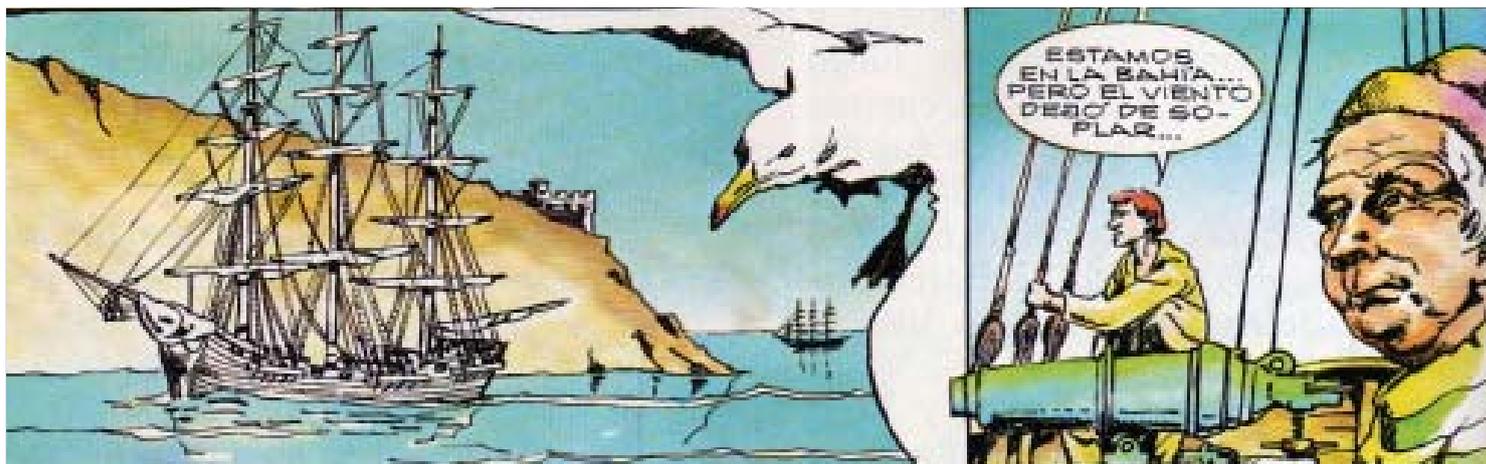
El 22 de noviembre de 1818 fondearon en la bahía de Monterrey, en California. En la costa se erguía el fuerte de San Carlos de Monterrey, bastión español.

Bouchard había arribado con un propósito: tomar el fuerte, dando así un duro golpe a los realistas. Existían en la zona ricas minas y era probable que en la fortaleza se guardaran tesoros pertenecientes al rey.

El gobernador se preparó para resistir el ataque; tenía a su favor las defensas de tierra, pero no poseía ni un bote para luchar en el agua.

Bouchard inició el ataque ordenando a la fragata Chacabuco que explore la bahía. Seis días flameó la bandera argentina en Monterrey, California. Luego, Bouchard arrasó el fuerte, la artillería y los almacenes reales, y confiscó una cantidad de barras de plata. Mientras tanto, la Chacabuco quedó reparada.





El mes siguiente Bouchard lo ocupó en repetir los ataques por toda la costa de California, arrasando fuertes y posesiones españolas; descendió luego hacia el sur, tomando varios barcos. Especialmente exitoso fue el combate de El Realejo, frente a Nicaragua, cuando se posesionó tras una dura lucha de cuatro barcos con abundante carga. El 8 y 9 de julio de 1819 la expedición fondeó en Valparaíso; además de La Argentina estaban la fragata Santa Rosa, la goleta María Sofía y el lugre Neptuno. En dos años de aventuras Bouchard había aumentado su flota; había tomado barcos, los había perdido, acumulado presas, capturado tripulaciones y conquistado posiciones.

El crucero La Argentina no sólo cimentó nuestra historia; también conformó la leyenda de los mares más remotos con sus páginas de aventura y heroísmo, donde por mucho tiempo se recordó a aquellos valientes marineros que asaltaban barcos enemigos gritando ¡Viva la Patria!, y paseaban con gallardía una bandera hasta entonces desconocida, y que quedó grabada como símbolo de hombres fieles.

